

## La Medicina en el Camino de Santiago

Entendemos por Medicina, la ciencia, el arte, que estudia las enfermedades en un afán de conocerlas para curarlas, tratarlas o extirparlas. Referirnos a la Medicina en el Camino de Santiago, en la ruta Jacobea, equivaldrá a tratar sobre el «modus operandi» de aquellos nuestros remotos antepasados, sobre la actuación de aquellos físicos o médicos respecto a los romeros, a los peregrinos que se dirigían como acto de fe a visitar la tumba del Apóstol en tierras de Compostela.

Decimos remotos antepasados pues hemos de referirnos no a la actuación médica de los tiempos actuales, sino a la época del máximo esplendor del peregrinar compostelano, toda vez que el camino de romeraje debió iniciarse hacia el siglo X para decrecer con el Renacimiento y con el desarrollo de las ideas del Protestantismo. Nuestro enfoque del tema va a referirse a la llamada Medicina en la Edad Media, o, concretando más, a la que se desarrollaba durante los siglos XII, XIII y XIV, centurias del acmé compostelano. Hemos de adelantar que, posiblemente, puede prescindirse de enmarcar fechas puesto que la Medicina durante unos quince siglos, no menos de mil trescientos años, permaneció estacionada al no constituir los enfermos material de estudio, enseñanza o ensayo; los dedicados al arte de curar se limitaban a aplicar lo consignado en los textos galénicos, discutiendo e interpretando sus puntos de vista tantas veces plagados de errores bajo nuestro enfoque médico actual.

Fue Galeno un célebre médico griego, nacido en Pérgamo unos ciento treinta años después del nacimiento de Cristo y que alcanzó los máximos honores en Roma. Recogió en cerca de ochenta obras todo el saber de tiempos anteriores, especialmente el hipocrático, contrastado con su personal experiencia, libros que se reputaron durante infinidad de centurias como indiscutibles por lo que quienes se documentaban en los mismos fueron llamados galenos, denominación empleada todavía en nuestros días.

Vamos a circunscribirnos a la actuación de los galenos de la Edad Media, hasta el Renacimiento, donde sí cabe establecer una serie de jalones base de la Medicina de nuestros días. Explayaremos también sobre las enfermedades, hospitales, físicos o galenos y brevemente respecto a su terapéutica.

Cabe justificar el tema por dos razones: por qué en toda peregrinación bajo un motivo real o figurado suele esconderse otro velado y por qué el Apóstol Santiago figura como uno de los grandes santos sanadores.

Si el peregrino camina hacia una meta como acto de fe, es frecuente lleve dentro de sí, oculto unas veces y otras propalándolo, una ilusión, una esperanza, un designio: curar sus padecimientos. Esto sucedía en la ruta Jacobea medieval y en la actualidad, en el peregrinar al Lourdes francés o a la portuguesa

virgen de Fátima; lo mismo con el signo cristiano que miles de años anteriores al advenimiento de Cristo. A este respecto permítaseme hacer una brevísima referencia a la vía Heraclea, cuyo paralelismo con la Jacobea pudiera hacerse, ambas fueron universalmente famosas, ambas siguen en nuestra Patria el camino de las invasiones y de los pueblos que nos visitarían en las vicisitudes históricas, una llega hasta Tarifa o Cádiz, donde se encontraba el sepulcro de Hércules el Libio, el Non Plus Ultra, el no más allá del mundo, y la otra se hallará tocando el Finisterre, es decir, el final de las tierras del mundo antiguo, Fueron millares los peregrinos que hallaron la curación en la tumba del pagano Hércules, como lo demuestran los hallazgos arqueológicos y los testimonios históricos, sería quizás sencilla de explicar la razón íntima del por qué, en virtud de fuertes impresiones psíquicas o convulsiones espirituales capaces de agitar insospechadamente recovecos del sistema nervioso, mas tales hechos requerían una personalidad especial del paciente donde la autosugestión jugaba papel primordial y la duda no encontraba fisuras para penetrar en el impermeable espíritu del que lograba sanar.

La peregrinación Jacobea la distinguimos de otras similares por la posibilidad de recobrar la salud sin necesidad de llegar a la meta del Sepulcro del Apóstol y consecutivo ceremonial adorativo. Los milagros, los «Miracula» referidos por testimonios de viajeros medievales, se constatan por doquier siendo los únicos lugares donde no los encontramos consignados los hospitales, centros donde se ejercía la Medicina y profusamente distribuidos a lo largo del camino del romeraje.

Consideramos la propalación de tales hechos sobrenaturales la base explicativa del auge Jacobeo traducido en la afluencia en masa de enfermos y lisiados por las rutas conducentes a Compostela. El Apóstol Santiago se convierte en Santo Sanador por excelencia no especializado en determinado morbo, sino curador universal de cualquier padecimiento, atestiguando textos medievales que podían recobrar la vista los ciegos, la facultad de oír los sordos, la perfección en el andar los cojos y hasta los muertos resucitar. Mas nuestro tema ha de circunscribirse a hablar de enfermedades y de remedios utilizados ajenos a influencias preternaturales, no obstante permítaseme señalar la trascendencia de la fe del peregrino: su extraordinaria confianza en la divinidad unida al ferviente deseo de sanar era capaz de convertirse es estímulo psíquico tan poderoso que, por sí sólo, acarrese la curación.

Respecto a la psicología del peregrino, bástenos afirmar dos cosas: Primera, su fe le daba ánimo y fuerza suficiente para remontar todo esfuerzo y obstáculo para llegar al suspirado Sepulcro del Apóstol. Segunda, si no obtenía la curación, es de temer el subsiguiente estado depresivo, traducible en factor psíquico que nos permitirá sentar como conclusión: EXISTIRAN MAS TUMBAS DE PEREGRINOS EN LA RUTA JACOBEA EN EL REGRESAR QUE EN EL IR A COMPOSTELA.

#### ENFERMEDADES

Las enfermedades de los peregrinos en su casi totalidad se agravarían como resultado del esfuerzo físico y de las adversas circunstancias atmosféricas ligadas al recorrer centenares de kilómetros, caminando a pie o en caballerías harto incómodas. Sin embargo es cuestión que no merece la pena explayarse en

detalle o exahustivamente, las enfermedades de entonces y ahora resultan las mismas, se encontrarán rotuladas con nombres diferentes y radicalmente opuestas su etio-patogenia interpretativa con arreglo al momento actual de la Medicina, pero sus manifestaciones objetivas no acusan diferencias, aun aceptando una presumible evolución en todos los órdenes de la biología.

Solamente dos tipos de enfermos no van a tener oportunidad de observar quienes hoy recorran la ruta Jacobea: los leprosos y los posesos. Fueron muy frecuentes en aquellos siglos del medievo y los recordaremos con curiosidad, buscando lo anecdótico, prescindiendo de las pesadas descripciones y del rigor científico.

La temible lepra constituía un azote en los siglos medievales, tanto para quienes poblaban las regiones atravesadas por los caminos del romeraje como para los habitantes de los países cuya fe les impelía a visitar el Sepulcro compostelano. Trabajos de solventes investigadores calculan la morbilidad europea alcanzando cifras del 10 al 50 por 1.000, desarrollándose endémicamente con preferencia entre los años 1.200 al 1300; en España, durante los siglos XIII y XIV el número de leproserías, también llamadas lazaretos y malaterías, aumenta tan considerablemente que constituyen la prueba indiscutible de las obligaciones y necesidades creadas por la enfermedad de San Lázaro. Diversos documentos que se conservan patentizan su emplazamiento en las inmediaciones de la ruta Jacobea, encontrándose con frecuencia situadas a la entrada o salida de las villas y ciudades de cierta importancia del recorrido; Estella tenía a principios del siglo XIII una casa edificada para tal fin donde se mantenían muchos leprosos y leprosas colocados bajo la advocación de los santos Lázaro, Agueda y Eloy. Pamplona poseía también malatería, precisamente en el barrio extramuros de la Magdalena, en paraje hoy ocupado por edificio religioso regentado por monjas, al borde del camino de Santiago reconstruido en la actualidad y perfectamente iluminado.

Las leyes sanitarias actuales obligan al internamiento de los afectos evitando la transmisión de la infección, pero quien viaje por países africanos y asiáticos la podrá ver con relativa facilidad. Por citar un ejemplo aleccionador recordaré que una reciente estadística en Sierra Leona, sobre una población de poco más de dos millones de habitantes señala ochenta y cinco mil leprosos, calculándose existen en el mundo de nuestros días entre diez y quince millones de personas afectadas.

Mas el mal de San Lázaro, leontiasis o elefantiasis de los griegos, no crea problemas en los países desarrollados al conseguirse profilaxis certera y curación clínica. Tampoco el diagnóstico ofrece dificultades y opino que también resultaba obvio para aquellos remotos galenos del medievo, no compartiendo la opinión de tratadistas actuales cuando afirman se confundía la lepra con el escorbuto, acroдинia, pelagra, lues y tantas otras dermatosis. El empirismo médico y el desconocimiento del *Mycobacterium leprae*, descubierto por el noruego Hansen, no invalida las extraordinarias dotes y meticulosidad de observación de los galenos de aquellas centurias. Diferenciarían con precisión las manifestaciones del morbo y quizás fueran capaces de darnos, en el aspecto diagnóstico, una lección a los que hoy presumimos de conocimientos científicos, al igual que recientemente un analfabeto y semisalvaje enmendó la plana a leprólogo ilustre.

Hace pocos años un experto doctor, que consagró enteramente su vida al estudio de la lepra, cuando terminaba sus investigaciones y búsquedas en una serie de individuos pertenecientes a una tribu africana, fue sorprendido con las manifestaciones del cabecilla de aquellas gentes al decirle: «Lo ha hecho muy bien, pero se le han escapado dos casos». Tras esta objeción examinó a los dos supuestos enfermos y no tuvo más remedio que aceptar que aquel iletrado llevaba razón. Es decir, una autoridad mundial en leprología fue corregido por un indocto, pero que sabía observar e interpretar síntomas precoces y apenas perceptibles sobre individuos leprosos.

Análogamente calcularíamos sucedería en aquellos tiempos del auge Jacobeo: los médicos diagnosticarían a la perfección la lepra. Basarían las aseveraciones en su enorme experiencia y en la larga convivencia con los que se convertían lentamente de sanos en enfermos, al requerir el período de incubación muchísimos años, antes de hacerse visible el morbo.

El curso de la lepra resulta extraordinariamente dilatado y rara vez constituye causa directa de muerte, pero al tratarse de enfermedad visible, por las modificaciones impresas en el color de la piel, manchas típicas, nódulos e inflamaciones cutáneas características, para en fases avanzadas acusar grandes ulceraciones y mutilaciones, es difícil que el enfermo lograra ocultar sus males. Si tenemos además en cuenta que los sanitarios de todos los tiempos intuyeron la contagiosidad del leproso, comprenderemos el trato que se daba a estos enfermos que varía en el transcurrir de los siglos.

En los años que narramos deambulaban libremente por la ruta Jacobea. Si los auténticos cristianos pudieran considerarlos como hermanos, ayudándoles a conllevar sus padecimientos y auxiliándoles en sus necesidades a las cuales no podían subvenir por sí mismos, quizás recordando a grandes santos como el rey francés San Luis y el pobrecillo de Asís San Francisco, entre otros, se coteja por doquier un trato tendente al aislamiento no exento de crueldad.

Como mal menor se obligaba a los leprosos a residir en las malaterías y a llevar una carraca. Siempre que observemos en una pintura o grabado antiguo a individuo portador de tal instrumento, aseguraremos se trataba de un enfermo de lepra. El ruido que ocasionaban manejando o haciendo girar la carraca era auténtica señal de aviso y similar a los preceptos dictados en el Levítico que obligaban a llevar a estos pacientes los vestidos descosidos por varias partes, la cabeza rapada y descubierta, tapándose la boca y profiriendo gritos haciendo constar era un contaminado e inmundado.

El temor al contagio se acompañó del horror que provoca el leproso, no se le permite la convivencia con las gentes y se terminará por excluirle de la sociedad, obligándole a vivir en determinados parajes, aislados siempre y alejados de las ciudades y principales vías de comunicación. Consideramos que las leproserías fundadas en España en la ruta Jacobea se cerrarían en el devenir histórico por falta de clientes, pues los afectados del mal de San Lázaro serían cazados cual alimañas si se resistían o huían del internamiento a que les prefería; los hospitales para leprosos existentes en Pamplona, Estella, Castrojeriz, Burgos, Carrión, San Nicolás, Sahagún, León, Oviedo, Astorga, Ponferrada,

Villafranca del Bierzo Mellid y Santiago de Compostela, tuvieron por misión acoger a los leprosos cuando la legislación no les vedaba la libertad para trasladarse a donde se les antojase, aunque con coerción en sus derechos en bien de la salud pública.

Dudamos al enjuiciar qué fuera mejor para el leproso, si recibir trato inhumano como se deduce de las Ordenanzas del Municipio de Oviedo del año 1274, o sufrir una auténtica muerte en vida.

Prohíben los ediles ovetenses entre ningún leproso en su ciudad, salvo el día de la Cruz, y solamente por la mañana. Quien entrare pasado el mediodía o fuera del señalado deberá ser echado a aguijonazos, a la segunda reincidencia le «batan» o sacudan a palos y a la tercera vez lo quemén.

Cuando a los leprosos se les prohíbe salir de un recinto de por vida se les considera como muertos. El ceremonial varía de unos lugares a otros, pero suele ser solemne con diversos actos protocolarios, incluso se recoge tierra de un cementerio y se vierte sobre sus nuevas viviendas. No pueden convivir salvo con leprosos, se hallan cercados y comen de lo que les dejan en sus vasijas que nadie tocará. Allí serán enterrados.

Los otros enfermos son los endemoniados, los llamados posesos, aquellos a quienes se consideraba tenían introducido el demonio en su cuerpo. No discutiré la realidad o inverosimilitud de tales hechos, pero sí sostendré la opinión, contraria a la de diversos autores modernos, sobre la no simulación de los pacientes y la actuación de buena fe por parte de los religiosos en los exorcismos.

Ante todo no debemos juzgar a nuestros antepasados con el criterio de nuestro siglo y recuérdese que en los tiempos que narramos se aceptaba, por la mayoría de sabios e ignorantes, que el Maligno se materializaba con facilidad entre los mortales. Baste citar un hecho poco conocido y al cual he dedicado trabajos más extensos: La mujer que daba a luz uno de esos fetos teratológicos, que el vulgo llama monstruos, era ipso facto fuertemente aherrojada con su anormal hijo para quemar a ambos en la hoguera. Se consideraba fruto de comercio carnal con el demonio y si el amante esposo, el médico o partera caritativos, se convertían en cómplices del ocultamiento las máximas penas se cernían sobre sus cabezas y cuando uno de estos seres aparecía, de no encontrarse la parturienta, se consideraba la región maldita y acreedora a los más terribles castigos.

La Medicina de nuestros días despejó éste y tantos otros errores, interpretando las anomalías orgánicas y las enfermedades no como castigos divinos, según la concepción medieval, sino como hechos naturales cuya patogenia hoy resulta relativamente sencilla de demostrar. Mas los supuestos endemoniados existieron realmente sobre la ruta Jacobea, los interpretaré como frutos de su época y cuya autenticidad intentaré explicar.

Los posesos acusaban una sintomatología preferentemente mental, ataques, convulsiones, delirios, alucinaciones, incoherencia en el lenguaje, anomalías en la conducta y en la expresión, son sus rasgos sobresalientes. Prescindiendo de los diversos nombres con que los etiquetaban, un estudio detenido de textos médicos e interpretaciones por religiosos de aquellos siglos, llevan al convencimiento de que es posible clasificarlos. Posiblemente también lo hacían los doctos de la época y cabe establecer dos grupos distintos: los endemoniados y los no endemoniados, es decir, los poseídos por el Maligno y los auténticos enfermos

mentales. Los primeros se curaban con exorcismos y acusaban rápidamente el influjo divino contra el demonio, mediante la advocación de la palabra y plegaria o bajo el contacto de objetos sagrados; los segundos, los afectados por enfermedad natural, resultaban ininfluenciados.

La lectura atenta de protocolos referentes a posesos permite deducir frecuentes antecedentes sobre bastardía, incesto, nacimientos espurios, desavenencias entre los progenitores y especialmente ciertas maldiciones. Serían vivencias con gran carga afectiva que, plenamente conscientes para los endemoniados, se injertaban en su predispuesta constitución psíquica y terminaban por alterar la ordenación interna del YO, repercutiendo ostensiblemente sobre los planos estructurales de su personalidad.

El poseso, si no era él quien primero propagaba su invasión por el maligno, creería de buena fe la opinión de quien se lo aseguraba. Se crearía un estado angustioso y, como en el miedo, el control de la voluntad puede progresivamente acentuarse resultando cada vez más fáciles de desencadenar las situaciones conflictivas; la conciencia se angosta, el ánimo se atemoriza y preso el sujeto de una tensión emocional constante e intensa se siente enloquecer. El diencéfalo comienza a adquirir dominio sobre la corteza cerebral, los centros neurovegetativos se excitan y aparecen impulsos absurdos, discinesias, estereotipias e incoherencias, juntamente con polimorfía y variada sintomatología ligada a automatismos de centros cerebrales y mesencefálicos.

Observaciones similares, respecto a fóbicos, son de observación diaria en la clínica de nuestros días; estímulos psíquicos, representaciones específicas, provocan en ciertos sujetos predispuestos respuestas mentales anormales. Explicación análoga sería válida para interpretar la enfermedad de los posesos donde, por razones ambientales y credulidad de la época, campeaban las ideas sobre materialización del demonio y nadie osaba discutir su posibilidad, mas quien profundice en lecturas de textos originales constatará de continuo perplejidad —equivalente a duda— en muchos comentaristas del medievo.

Las crisis motoras, facies vultuosas circulatorias y otros síntomas vinculados al sistema nervioso vegetativo predominaban como manifestaciones de los posesos. La epilepsia actual, el morbus sacer y mal comicial —así llamado porque al presentarse en algún asambleísta los ataques tónicos clónicos característicos se suspendían los comicios al considerar las convulsiones de origen divino durante el paganismo— es otro de los síndromes frecuentes acusados por los endemoniados. Resulta sencillo comprender que, quien padecía episodios patológicos por auténtica enfermedad, no resultaría influenciado por los exorcismos, pero el autoconvencido sin base orgánica de estar poseído por el demonio ante el mismo ceremonial acusaría unas crisis muy floridas en síntomas.

Si cotejamos vetustas historias comprobaremos curaciones diversas sobre endemoniados en el camino de Santiago. Aceptamos la buena fe de posesos y exorcistas, nadie fingía ni es posible una simulación con características tan plásticas como se desprenden de algunas descripciones. Era frecuente en el ceremonial rodear al cuello de la persona endemoniada con la estola y la consecutiva observación de enrojecimientos, hinchazones, profusión de gritos, amenazas, palabras altisonantes, convulsiones y pérdida del sensorio. Otras veces producían análogos efectos el simple recitar de salmos, lectura del evangelio, oraciones y señales de la cruz, pero con frecuencia se necesitaban traslados a

lugares especiales, que el propio-poseso enunciaba y solicitaba hasta que perdía el conocimiento o como se decía, caía en trance. Creemos firmemente que en algunas sesiones se lograría una catarsis liberadora seguida de auténtica curación, sirviendo de ejemplo aleccionador para la gran masa del pueblo que se congregaba para presenciar el espectacular suceso.

#### MÉDICOS

Durante la llamada Alta Edad Media, el Camino de Santiago es realmente una especie de límite de batalla, solamente los contrahechos y los monjes o religiosos dejan de empuñar las armas. Las gentes se dedicaban a la guerra, eran tiempos para luchar no para estudiar, siendo contadísimas las personas que debían leer; recuérdese en apoyo de tesis que el gran emperador Carlomagno, tan vinculado a la ruta Jacobea aprendió a escribir a edad avanzada y personalmente estudié con ahinco sobre los últimos reyes de la dinastía pirenaica, posiblemente iletrados a pesar de que alguno fue cognominado El Sabio. Solamente los consagrados al estado religioso eran doctos, conservándose el saber de épocas pretéritas en los Monasterios y documentándose en los textos galénicos cuyas traducciones realizaban copiándolas en manuscritos.

Actúan los monjes como auténticos médicos y junto a ellos, dentro del estado religioso, ha de colocarse al clero seglar, cuya educación, tipo de vida y ayuda al moribundo le relacionaban directamente con el doliente. Pueden justificarse los conocimientos médicos de los sacerdotes, por las enseñanzas médicas que recibían durante su período formativo y pudieran compararse a los misioneros de nuestros días evangelizando pueblos salvajes al tiempo que les ayudan en sus necesidades y enfermedades. Pero es hacia el siglo XII cuando se inicia la decadencia de la Medicina monacal, si los fundadores de la mayoría de las órdenes religiosas habían prescrito en sus Constituciones el cuidado de los enfermos son varios los Pontífices que interesaron de diversos Concilios la prohibición de ejercer la Medicina. Las razones que se aducían preveían que las salidas de los monjes de sus cenobios podían relajar sus votos al ponerles en contacto con el exterior, por otra parte, las exploraciones manuales podían poner a prueba la virtud y el cobro de honorarios un factor negativo.

Poco a poco va desapareciendo el monje médico para dar paso al laico, pero tales hechos tardarán *en* darse en la ruta Jacobea. Escasearían estos facultativos al no existir universidades en España hasta el año 1208, en que funda en Palencia la primera el navarro y arzobispo toledano Jiménez de Rada. Hasta entonces quien deseaba aprender Medicina debería encaminarse a la italiana Salerno, registrada oficialmente hacia el siglo XI, a Montpellier posterior a la anterior y más tarde a las de París y Bolonia.

Tenemos la impresión de que escasearon siempre durante los siglos medievales los médicos en el camino de Santiago, no mereciendo valorarse los que sin duda traerían consigo los monarcas y grandes señores que oriundos de países civilizados acudían en peregrinación, dado lo rápido de su paso. Tampoco estudiaremos a los médicos o alfaquines mahometanos y hebreos, que se hallaban en los barrios de las ciudades populosas del romeraje; su consulta y

trato estaba vedado a los cristianos y aunque cuando la vida está en peligro se hallarían subterfugios para burlar lo legislado en ansias de recobrar la salud, es de esperar que su actuación fuera episódica y muy circunstancial.

#### HOSPITALES

Descritas las enfermedades y los encargos de medicarlas, debemos precisar los lugares donde se trataban. Por otra parte se comprende que buen número de peregrinos, independientemente de sus morbos, por la fatiga, inclemencias atmosféricas, esfuerzo, estenuación, etc. acusarían alteraciones orgánicas o bien precisarían descansar.

Conviene recordar que en la Edad Antigua no existían hospitales, bajo el concepto que hoy poseemos de los mismos. En la época de los griegos, como coautores de la cultura de Occidente, al igual que en Bizancio, existieron las llamadas Xenodoquias, equiparables a los asilos actuales para ancianos e incluso tal palabra proviene de la voz Senescente o viejo.

Personalmente no considero que de tales xenodoquias se pasase al concepto de hospital, por el contrario es de esperar que el advenimiento del Cristianismo, al revolucionar los conceptos de la sociedad y humanidad, fuera la raíz de tales creaciones. Al adoptar una serie de hechos consignados bajo el lema «amarás a tu prójimo como a ti mismo» y basándose en las Sagradas Escrituras donde se decía como obras de caridad, dar de comer al hambriento, de beber al sediento, etc. igualmente se acogería con caridad fraterna al peregrino.

La palabra hospital deriva de hospedaje, por lo tanto el sentido primitivo de la palabra hospital es la de dar hospedaje al caminante. Muchas personas temerosas de Dios, creyentes sinceras, darían alojamiento en el Camino de Santiago al peregrino, pero el enfermo, fuera rico o pobre, siempre creó problemas y recelos. Aun tratándose del pudiente, que pagaba sus posadas en el camino del romeraje base de pingües y floreciente negocios, en aquellos tiempos como en los actuales, cuando la muerte llega, siempre se habla y no faltan lenguas viperinas o maliciosas que insinúen muertes por negligencia y provocadas, base de situaciones hartamente delicadas. No puede olvidarse tampoco a las gentes sin escrúpulos que deseen un óbito, intentando clavar las uñas de su rapiña.

El peregrino enfermo siempre que pudiera se acogería a lugares adecuados, y donde más peregrinos se aceptaban por amor de Dios era en departamentos adjuntos a los Monasterios, llamados ENFERMERIAS, salas donde los monjes colocaban a sus hermanos enfermos para mejor atenderlos y que habilitaban para el romero. Al crecer el número de pacientes, dado el auge jacobeo, se creó la necesidad de construir edificios ad hoc, al resultar las enfermerías insuficientes, que por las noticias que se conservan o por los restos arquitectónicos conservados difieren conforme avanzan los siglos.

Se distinguen ya las hospederías o albergues, de las enfermerías y hospitales propiamente dichos, que se reducen a tres grandes tipos arquitectónicos: palaciano, basilical y cruciforme. El PALACIANO parece encontrarse en todas las épocas, son simplemente casas que nobles o personas pudientes dejaban en vida o en muerte para los enfermos; se llaman así por ser frecuentes los palacios donados por los reyes con tal fin. Los del tipo BASILICAL se consideran propios del siglo XII, grandes edificios, con una nave central más elevada que



otras dos dispuestas lateralmente; en el fondo de la central se encuentra la capilla, auténtica nave de una iglesia, las otras dos se disponen para separación de hombres y mujeres. Los hospitales CRUCIFORMES, aparecen en España al comienzo del Renacimiento, su nombre obedece a tener forma de cruz, con una nave central similar o algo más estrecha y los brazos de la cruz son las dependencias para la separación de los sexos.

#### FARMACOPEA

Los fármacos procedían de los tres reinos: mineral, vegetal y animal. Veamos de dedicar a cada uno apartados especiales y breves.

Dentro de los elementos minerales merecen, por su curiosidad, especial mención las gemas o piedras preciosas.

Posiblemente, nuestros remotos antecesores, quedarán impresionados al encontrarse en plena naturaleza y sumidos en la obscuridad nocturna observando un cielo despejado, sin nubes. Suele ser espectáculo que sobrecoge el espíritu por su grandiosidad y su aspecto; en cierto modo parece superponible a una habitación sin luz, donde colocáramos abundantes piedras preciosas. En ambos casos distinguiríamos por igual, sobre un fondo negro, una serie de cuerpos emitiendo titilantes resplandores, de precioso brillo y atrayente luminosidad.

En la ciencia de nuestros antepasados, incluida la Medicina, domina la similitud, la analogía. En el caso de las piedras preciosas se las considera como las estrellas de la tierra, engendradas o vinculadas a ellas; bajo la tesis cristiana tampoco se resienten las ideas y creencias: Dios omnipotente creó las estrellas y las dotó de ciertas propiedades, las piedras preciosas condensan en nuestro microcosmos la virtud de aquellos cuerpos celestes y por silogismo son fluidos que el Padre Divino envía al mundo sublunar. En el medievo persisten teorías según las cuales los cuerpos celestes actúan sobre el organismo humano, creencias que unidas a las matemáticas en los movimientos de los diversos astros constituyeron la base de las llamadas o teorías astrológicas». Pero estos conceptos arrancaban de tiempos muy anteriores, desde las remotas divinidades astrales babilónicas y asirias para, siendo bien acogidas por las civilizaciones posteriores, helénica y romana, seguir fructificando y arraigando en el medievo hasta continuar mostrando clarísimas reminiscencias en nuestros días.

Es a partir del siglo XIII, merced también a la influencia de la cultura árabe donde la sensibilidad temperamental de sus componentes los convertía en candidatos propicios a sobrecogerse ante misteriosas fuerzas, cuando adquiere nuevo interés el estudio de las estrellas, apoyados y aceptados por diversos Papas, infinidad de Príncipes de la Iglesia, numerosos y poderosos Monarcas. Se forma un cuerpo de doctrina afirmando que los elementos celestiales poseían propiedades intrínsecas interferidas en su repercusión humana según la posición ocupada en el Zodiaco, con respecto a la coincidencia u oposición de otros astros y planetas. Si estaban equivocados al considerar a nuestro mundo como centro del universo y girando bajo su órbita el firmamento con su contenido, calculaban con precisión matemática las órbitas celestes. Observaban con nitidez las influencias astrales sobre plantas y animales y resultaba lógico que sacaran conclusiones respecto a alteraciones orgánicas humanas y trascendentes hipótesis respecto al momento del nacimiento, instante en que se recibían

las primeras improntas astrales mediante las cuales era dable establecer la predisposición morbosa y los rasgos caracterológicos indicadores de las tareas propicias para desarrollar el talento del infante.

Si las piedras preciosas poseían las propiedades de las estrellas sería utilísimo aplicarlas a los enfermos, radicando el problema en averiguar sus acciones terapéuticas, mas guiándose por la analogía encontraban verdades que se consignaban en los libros llamados lapidarios. Resulta imposible mencionaran tan siquiera el supuesto poder curativo de estos pequeños objetos tan valiosos y resplandecientes, por lo que baste recordar: la amatista, por su color rojo vinoso combatía la embriaguez, la hematita y corales rojos, por la similitud con la sangre, cohibían las hemorragias y combatían las anemias, el coral blanco y las piedras niveas aumentaban la producción de leche en las nodrizas. Las correlaciones entre gemas y astros permitían obtener otra serie de espectaculares deducciones: la esmeralda dependía de Venus, sería la piedra de la castidad y reprimía los impulsos sexuales. El zafiro evocaba la serenidad del cielo, con su bondad, amor y paz, sosegaba y fortalecía el espíritu ocasionando la sabiduría. Rubí, topacio, diamante... tenían sus indicaciones precisas, incluyéndose a las perlas en la categoría de las piedras preciosas. A pesar de comprobarse se trataba de excrecencias de animales se consideraban productos de la luna, su tamaño variaba según los cuartos: pequeñas durante el menguante, mayores durante el creciente, grandes y espléndidas en la fase llena; acusaban las variaciones atmosféricas y se fraguaban turbias y veladas al estar cargado el cielo de nubes o cuando sobre las turbulentas aguas del mar se entrecruzaban los relámpagos de lívido resplandor.

Averiaguadas las propiedades de las gemas se planteaba el problema de su administración, para cuya finalidad idearon los boticarios complicadas maniobras que pueden resumirse así; fragmentaciones, sumersiones y decantaciones a través de líquidos distintos, nuevos machacamientos, acción del fuego a distancia, enfriamiento en crisoles y procesos de calcinación, hasta obtener un polvo tan sutil que colocado entre los dientes no diera sensación de arena. Con estos polvos se confeccionaban pastillas, se guardaban en vasos especiales para su utilización al ser solicitados cordiales, elíxires, pildoras, tinturas, pociones... de rubí, topacio, perlas... Terapéutica demasiado cara, expuesta a mixtificaciones y engaños, en el correr de los años se sustituye por el llevar las piedras preciosas bajo la forma de anillos, collares, dispositivos para su aplicación en la piel y cuya tradición persiste hasta en nuestros días.

Análogos razonamientos se hacían para los metales. Marte rojizo se asimilaba al fuego y al hierro rusiente, por lo tanto planeta fogoso y guerrero; los elementos ferruginosos serían reconstituyentes y como tónicos los utiliza la Medicina actual en virtud de rigurosas experiencias, citándolo para señalar el azar de la concordancia. El oro parece ser una panacea de los tiempos medievales y a su semejanza con el sol se atribuían sus propiedades. Los electuarios nos hablan de la plata como remedio para la melancolía y, al igual que con las perlas, sería la luna la que señalaba el paralelismo. Pudiéramos seguir apuntando interminable lista de remedios procedentes del reino mineral y como resultaban costosos y difíciles de obtener no ha de extrañar que durante siglos se esforzasen en encontrar aquella maravillosa substancia, la piedra filosofal, capaz de transmutar los corrientes y abundantes metales en los escasos y codi-

ciados nobles a los cuales equivocadamente atribuían asombrosas acciones terapéuticas.

Del reino vegetal procedían, como en cualquier época de la historia, el sin número de remedios curativos que persistieron hasta nuestros días donde los progresos de la química han logrado la obtención sintética de la mayoría de los fármacos. Los herbolarios se dedicaban a recolectar o cultivar las plantas medicinales investigando o deduciendo también sus acciones, para tras las preparaciones de los boticarios aplicarlas o recetarlas los galenos. Resulta con frecuencia difícil comprender las propiedades atribuidas a los vegetales leyendo aquellos viejos textos de Medicina, pues se diferenciaban y había que distinguir: 1.º sus cualidades primarias dependientes de la fructificación, momento de la recolección, circunstancias ambientales sin olvidar las astrales, etc. 2.º las características secundarias, representadas por la acción ejercida respecto a los órganos de los sentidos, olor, color, sabor, etc. 3.º las terciarias o específicas para cada planta ligadas a su íntima constitución. Estas tres propiedades podían interferirse entre sí y dar lugar a acciones aditivas u opuestas, de donde resultaba que la misma sustancia variaba continuamente en sus propiedades.

Nos resulta semi-imposible calcular las dosis que administraban equiparándolas a nuestro sistema actual de pesas y medidas. Del estudio de su farmacopea deduzco o, más exactamente, intuyo se percataban aquellos galenos de la posibilidad de ocasionar intoxicaciones y los comparo a los curanderos de nuestros días que he tenido oportunidad de enjuiciar. Estrechándoles a preguntas, independientemente de que es frecuente sean oligofrénicos base sin duda de las tonterías en que de buena fe creen, rehuyen las prescripciones de plantas ingeridas por la boca, las recomiendan en forma de fricciones y emplastos aplicados sobre la piel, dudando o temiendo su acción per os. Análogamente sospecho que las medicinas en aquella época del auge Jacobeo tenían sus indicaciones sobre la piel en su mayoría, aplicadas en forma de pomadas al mezclar con aceite las sustancias activas o bien en forma de cataplasmas, fomentos y fumigaciones. También para evitar las intoxicaciones y justificar el empleo de ciertos medicamentos recurrían a vías indirectas, al tiempo que convertían en agradables las medicaciones; resultaba procedimiento ingenioso el regar las viñas con los fármacos que se pretendía administrar para que pasando a las uvas y de estas al vino las bebiera el paciente, o bien, si por ejemplo se precisaba dar un purgante, se lo administrábamos a una gallina cuya carne se comía a continuación.

Finalmente dentro de los medicamentos procedentes del reino animal, encontramos opiniones para todos los gustos y el investigador naufraga muchas veces al intentar encontrar las razones del por qué de su utilización. Sin embargo resultan evidentes en ocasiones en virtud de la analogía y así, teniendo en cuenta que el lagarto posee una piel jaspeada, al igual que ciertas partes tumefactas se recomendaba lo comieran los afectados por tumores. Por idénticos razonamientos se consideraba el comer carne de culebra como específico de la lepra, aún cuando también utilizaban ya el chaulmogra. Otras veces resulta problemático el origen de ciertos remedios, como la sangre del macho cabrío contra el paludismo, los músculos de la liebre contra los cólicos del riñón, las heces de ratón en las afecciones intestinales, mas creemos observar la cautela de los médicos al buscar preferentemente las aplicaciones externas. Por ello

debían colocarse, sin comerlas, vísceras sangrantes de animales encima de las partes enfermas, como por ejemplo las entrañas de un gato joven para curar ciertas alteraciones mentales y la lengua de abubilla fijada en el cuello para evitar la pérdida de la memoria.

Los remedios citados, provenientes de los tres reinos, eran asimismo empleados en forma de baños y sahumeros medicinales. El tan conocido butafumeiro compostelano, constantemente utilizado ante las masas de peregrinos, acusaría como finalidad fundamental fumigar, mediante forma de incienso, a la multitud apiñada al objeto de impedir el desarrollo de los «miasmas», de las «noxas», tan frecuentes entre agrupaciones humanas en cuyos componentes la higiene brilla por su ausencia.

Los medicamentos no se prescribían aislados sino que las recetas contenían mezclas diferentes recibiendo a veces nombres específicos, como el «arconticon» equivalente a remedio extraordinario, y especialmente el de triacas unidas al nombre de una celebridad. No se considere que con esta denominación donde participaba el prefijo griego «tri» significaba fueran tres los componentes, había fórmulas en las que entraban hasta sesenta fármacos y nos asombramos ante la tolerancia o resistencia de aquellos pacientes si es que lograban no empeorar con tales remedios.

Además de los medicamentos en los planes curativos nunca faltaban enemas y sangrías, tendiéndose más que a apoyar la fuerza curativa de la naturaleza, según Hipócrates, a las ideas galénicas corrigiendo el estado de los humores del cuerpo y el destempe de los órganos. Con las purgas y lavativas se excretaban los malos humores restableciendo el equilibrio, con las sangrías se extraía la materia pecante existente en la sangre. Olvidaremos de comentar tales barbaridades, seamos respetuosos con nuestros antepasados, nadie olvide que la ciencia actual como los que la acrecenten y continúen es fruto de las generaciones precedentes y el conocimiento de una enfermedad tantas veces se consigue, con fracasos, tanteos, sangre, dolor y lágrimas.

El enfermo medieval escucharía emocionado las consultas de los galenos discutiendo sobre las alteraciones de sus humores responsables de su enfermedad. Su sangre, flegma, bilis amarilla y bilis negra, correspondientes a los cuatro elementos constitutivos del mundo, aire, agua, tierra y fuego acusaban alteraciones por sí o por sus correlaciones, siempre le resultaría gustoso que otros se preocupasen y se enzarzaran con agrias polémicas sacando a relucir a los textos galénicos, en un afán de restablecerle la salud. Seamos indulgentes con sus remedios, confiemos que si la Medicina, entonces como ahora, no cura por lo menos consuela.